

Enrique Krohn y Carlkos Puche.

Una apretada semblanza de esa promoción de artistas que junto a Omar Carreño han consagrado sus estudios y la dimensión de sus obras a la exaltación de Venezuela ante el mundo, en múltiples espacios, de París a Nueva York, de Caracas a Madrid, etc. nos revela que efectivamente este siglo XX venezolano ha sido de una proyección invaluable. Corresponde a sus contemporáneos la máxima distinción de las artes plásticas del país, los Premios Nacionales, y la sólo mención de sus coterráneos Pedro Ángel González, Carlos González Bogen, Francisco Narváez y Ramón Vásquez Brito, resulta emocionante. También le acompañan figuras de alto calibre como Jacobo Borges, Alejandro Otero, Víctor Valera, Luis Chacón, Mateo Manaure, Pedro Barreto y Gladis Meneses, por mencionar sólo algunos. Otros de sus contemporáneos y no menos trascendente, le acompañan en el Expansionismo, especialmente Rubén Márquez y Álvaro Sotillo. Y completan esta estrecha relación de nombres, con indeseables omisiones, Manuel Quintana Castillo, Andrés Guzmán, Alirio Oramas, Gabriel Marcos, Luis Chacón, Eduardo Dorta, Francisco Da Antonio, Alirio Rodríguez, Luis Guevara Moreno, Francisco Salazar y Ángel Hurtado, entre otros. Finalmente, la presencia de Omar Carreño en la Bienal de Venecia celebrada en Canadá en 1972, por una

parte, consagrándolo como "el latinoamericano más destacado" (p.78) dignificando así a Venezuela; y su merecida escogencia para representar a nuestro país ante España dentro de la celebración del Bicentenario de El Libertador en 1983, por la otra; justifican muy fehacientemente el merecimiento que tuvo en 1972 de que se le otorgase el Premio Nacional de Artes Plásticas de ese año.

De esta manera, celebramos la publicación de esta obra titulada *Omar Carreño, entre el color y la luz*, de Manuela Billaudot, por su estilo minucioso, cálido y de impecable factura documental, por lo demás amena y equilibrada entre la bibliografía y el estudio académico. Sin duda, una contribución significativa para el estudio de la obra artística de Omar Carreño y un acierto bibliográfico para los editores del Fondo Editorial del Estado Nueva Esparta.

José Pérez

EL CUERPO, LA MEMORIA, LA ESCRITURA

Esdras Parra. *Antigüedad del frío*. Ediciones Mucgifo, Mérida, 2000.

En "El caminante sobre el mar de nubes" (1815), de Carl Friedrich (1774-1810), el hombre frente al paisaje nos muestra la representación de una subjetividad extendida en la exterioridad de la naturaleza; y a la naturaleza penetrada

por el enigma de la melancolía de lo subjetivo. Esta pintura, emblemática del romanticismo, podría ilustrar los poemas de **Antigüedad del frío**, de Esdras Parra, poesía lejana sin embargo de todo romanticismo, y cercana a una búsqueda de la esencialidad del ser y el lenguaje.

Antigüedad del frío es una larga interrogante sobre el ser y el lenguaje, ciertamente —pregunta que es también preocupación central de la filosofía moderna—, pero es también la indagación sobre el enigma de la vida arrebatada por la temporalidad y el destino, por el peso de lo corporal y una levedad donde la vida se afirma en el esbozo de una utopía.

La vida de Esdras Parra es vida literaria: vida dedicada al misterio de la sensibilidad expresada estéticamente, a la búsqueda de la perfección del lenguaje, al hallazgo del lugar donde, de manera simple y milagrosa, el lenguaje se expresa estéticamente.

Nacida en Santa Cruz de Mora, del Estado Mérida, Esdras Parra se dio a conocer en la década del sesenta como narradora, con tres libros que soy hoy referencia de la mejor narrativa del país, **El insurgente**(1967), **Por el norte el mar de las antillas**(1968) y **Juego limpio**(1968). Después de esta irrupción —tres libros en dos años— la narradora hace silencio y Esdras Parra despliega una intensa actividad de traductora, de crítica cinematográfica y, fundamentalmente, de editora, como miembro fundadora y coordinadora por varios

años de la revista *Imagen*. En 1993 obtiene el Primer Premio de Poesía de la II Bienal Mariano Picón Salas, con **Este suelo secreto**, que se publicará en 1995, bajo el sello de Monte Avila, dando a conocer una poeta que, como Palas Atenea, nació con todas sus armaduras desde el primer verso. **Este suelo secreto** ha significado un momento estelar en la poesía venezolana del siglo XX: La confluencia de la creación y perfección, en un implacable despojamiento retórico, la conjunción de la vida como transparencia y enigma, la intuición profunda y sorprendente del hallazgo poético. En **Antigüedad del frío**, como en muchos textos del anterior libro, el verso, lo decíamos, se convierte en la construcción misma del ser, en el doble viaje poético legado por los románticos: viaje a la interioridad, donde la naturaleza se espiritualiza; y canto a la naturaleza, como proyección de la interioridad. De este modo la melancolía y el dolor, el desamparo y las ansias de trascendencia, que constituyen la criba misma de la existencia, se materializa en la naturaleza. De este modo observa el poeta la prolongación del ser en la naturaleza: "...Pero aquí está nuestro destino/en esta arcilla que baja hasta el vertedero/y toda el agua son sus lágrimas". Y dirá en la precisión de un verso: "Oh angustia sumergida en el líquen".

El poemario avanza por dualidades que van alcanzando nudos de fusión como estallidos poéticos. Así la dualidad entre el ser y la natu-

raleza; así la dualidad entre la gravedad de lo corporal y la levedad propiciada por el poema; así la dualidad del mundo y la escritura. Tres fusiones que son una en los momentos más altos de la poética de Esdras Parra.

Ser y naturaleza se deslindan y se fusionan en un imaginario donde el frío y la nieve, la roca y el desamparo se identifican con el silencio y la oscuridad; y la lluvia y la claridad con la memoria, en una lucha entre fuerzas contrarias donde el poeta asciende en busca de la luz. De este modo dirá: "Yo sólo escucho la luz de los árboles". En la tensión de esta dualidad, el viento y el aire, como la palabra poética, transponen la gravedad en levedad. El poeta percibe la belleza del aire y su transparencia: "Como rueda el aire sin sonido alguno/como se desprende de sus altos perfumes"; y se entra al aire como al verso: "Cómo entrar en el aire ligero impaciente palpitante del mundo". Este paso por el aire es también el paso a la ingravidez de la roca: "¿En que espesor de roca se hunden mis pies?". Leyendo estos versos la imaginación convoca el cuadro "El castillo de los Pirineos", de Magritte, donde la pesadez de la roca contrasta poéticamente con su levedad.

La referencialidad de esta poesía, su tensión entre ser y naturaleza, se desplaza a menudo en un juego estético que deja pistas al lector, hacia una referencialidad pictórica. Así por ejemplo, en los siguientes versos:

"...Entreabro el suelo debajo del mar/
tendido como una sábana, y oculto allí
mi libro/de frases amargas...", nos remite a un famoso cuadro de Dalí; o ciertas imágenes de la ciudad, nos remites a las atmósferas oníricas de la ciudad de un Chirico, en un juego de desplazamientos que no cesa de producir hallazgos poéticos.

Una segunda dualidad se articula en esta poesía: la de lo corporal y lo leve. El cuerpo nombrado y representado en esta poesía es el cuerpo de órganos y de huellas que expresan su gravedad en el crujido: "Debes escuchar el crujido de tus huesos". Ese cuerpo de órganos albergue de la violación, el dolor, la degradación, es la materialización del desamparo: "Viajo con los pájaros de mi agonía"; lugar de lo oscuro, de la herida, de la desesperación incluso. Despojo del esplendor de la niñez "Soy la sobreviviente, mis costillas lo saben.../ Por orden de mi ensueño de niño"). Sin embargo, frente a esta gravedad, quizás en su seno mismo, se abre la levedad, y la fuerza de la afirmación de la vida ("Me instalo en una estrella para iluminar mi camino frío"), en un desplazamiento de la negación y la derrota hacia la afirmación y la figuración poética de la utopía. Si es posible concebir una línea de paso de un extremo a otro, éste se produce en la metáfora del corazón: a diferencia de los otros órganos (que se diferencian, según María Zambrano, porque producen ruidos) el corazón (que produce sonidos) se con-

vierte en el lugar de la subjetividad y la expresión. Así: "Oh, mar siempre a la defensiva de tu laborioso corazón ardiente y apagado". En la simbólica de esta poesía, es la metáfora del corazón la que determina la levedad de las rocas, es su levedad la que transforma la desesperación en ansia de vida.

El corazón es como la escritura: el horno transmutativo, diría Lezama, donde el ser y la naturaleza, lo corporal y la levedad como afirmación de la vida alcanzan la dimensión precisa del verso, pues "los días y las noches corren sobre esta página".

Todo confluye en un poema que considero el centro del libro y que me permito citar en su totalidad:

Escribir sobre el silencio o sobre
sus trozos de vacío, pero volver a
la palabra o hacia su desaparición

Volver a la claridad, a la duda,
a una vida sencilla
o a la ardua madurez del hierro

fuera de aquí, anclar en el asombro
esa inocencia del mutismo.

La palabra más que un lugar es un borde hacia la desaparición, el vacío o el silencio, hacia uno de los estremecimientos del ser, y la palabra de la vida sencilla, la palabra del decir sobre el mundo. Nueva dualidad: el poeta como el que vive las horas sencillas y el que es capaz de "anclar en el asombro". El ser, atenazado por la pesadez de lo

corporal, levantando sin embargo vuelo hacia un ansia de claridad: vuelo que sigue el arco de las formas de trascendencia y de utopía por medio de las cuales la vida se afirma.

Antigüedad del frío nos muestra esa dualidad irreconciliable del ser: la de su corporeidad de órganos, de dolor, de angustia, donde las formas de lo oscuro incuban, y el ansia de levedad es esa apetencia de lo invisible que tiene su primera inflexión en el ritmo del corazón. El ser en el borde de la expresión y la desaparición, del desamparo y la trascendencia, a medio camino entre la profundidad y la altura, entre el pasado, que ya no es, y el futuro, que todavía no es, es como el presente descrito por San Agustín, un ser que tiende permanentemente a no ser. Un ser del extravío, en el ansia "y la necesidad de abordar el alba".

V. B.

Una estética del desencanto

Eduardo Zambrano Colmenares. *A ras del suelo*. Ediciones Fin de siglo, México, 2000.

La literatura de todos los tiempos se manifiesta en sus identificaciones o en sus querellas con lo real. Quizás podría hacerse una historia de la literatura atendiendo a las diversas maneras en que lo real se manifiesta en los horizontes estéticos.